

LIBROS

«Recordando a Dardé»

Historia laborable y sentimental de España

Con «Recordando a Dardé» (Seix Barral, 1969), Manuel Vázquez Montalbán hace su primera salida al campo de la novela. No es frecuente que esto ocurra con la madurez que demuestra el autor en su obra, donde inicia una superación del llamado realismo sociológico —a veces simple naturalismo— por un tratamiento crítico-humorístico del tema. «Recordando a Dardé» es una fábula moral, un compendio de la presente historia española vista desde la imaginaria perspectiva de 1999. La llegada a una comunidad rural catalana de un «sabio», el técnico de robots J. W. Dardé, y el impacto que su insólita persona y la tecnología producen, forman una trama, que participa de la novela policíaca y de la ciencia-ficción, donde están presentes desde el trauma de la guerra civil hasta los inicios del consumismo que llega a bombo y platillo



de la mano del gran Cirus Mac Manus, símbolo de las primeras inversiones americanas.

En esta novela, construida con personajes voluntariamente esquemáticos, verdaderos arquetipos de las fuerzas vi-

vas de nuestros pueblos (mosén Cardús, el sargento de la Benemérita Rufino Vázquez, el maestro nacional y su esposa doña Luz, el alcalde y los ex alcaldes, la comunidad veranlega), hay un contrapunto de gran humanidad: el «jaenero» Juan de Dios, representante de los desclasados ilotas del Sur, marginados de todo y por todos. De las tres partes de la obra, escrita acaso con cierto apresuramiento, la primera parece la más lograda: la «bomba Dardé», caída en aquel remanso soñoliento, servirá de espoleta para descubrir las secretas frustraciones de las fuerzas vivas y preparará el asalto final de las «masas xenóforas e indonesias» al reducto del sabio, antes de la venida de Mac Manus, mecenas del dólar, financiero de Dardé, y que trae consigo el «Manifiesto Comunista». En la tercera parte —«Los antepasados olvidados»—, Vázquez da la clave en una breve y desesperada conclusión: todo ha cambiado para que nada cambie.

«Recordando a Dardé» incide en una temática muy querida al autor: la presentación de la historia laborable de España desde un prisma sentimental, pesimista, servido por una ironía que esponja toda la narración y que alcanza a veces tonos caricaturescos, como de esperpento del neocapitalismo. Hay afinidades con sus obras anteriores. La relación doña Luz-Tancio recuerda hasta cierto punto el

poema «In memoriam» de «Una educación sentimental», y en la biografía de las fuerzas vivas se explicitan apuntes de «Crónica sentimental de España», la espléndida serie recientemente publicada en



el último Delibes

Una pesadilla patética

Había expectación ante la última novela de Delibes: la que puede esperarse de nuestro precario mundo literario. Las rumores que precedieron su aparición situaban al libro como «algo distinto» a lo que había venido haciendo el novelista español más importante de la posguerra. La reacción ha sido muy favorable entre los críticos jóvenes y de una cierta decepción entre los que siguen apegados a fórmulas tradicionales. La encuesta de «Madrid» ha sido una muestra oportuna y reveladora. Ahora bien, se ha hablado del giro total que supone «Parábola del naufrago» en la obra delibebana. Conviene matizar este extremo.

Jacinto San José, el protagonista, pertenece a esa galería de hombres tímidos, sencillos, desplazados, con los que el escritor se siente más identificado. El precedente inmediato es el Mario de «Cinco horas...» asistido por una sociedad ramplona y vocinglera (un personaje dice en la novela: «No es un muerto, es un abogado»). La contraposición que se hacía entre Menchu y Mario era la imposible comunicación de dos Españas, al tiempo que se describía la situación concreta de la mujer ibérica. Jacinto San José es también una víctima, pero en esta ocasión de una comunidad ligeramente evolucionada que ha aprendido a utilizar un terrorismo más fino: el del televisor y la computadora. Al igual que Mario, Jacinto San José es contrapunto humilde, aunque ejemplar.

Hay un hecho importante en «Parábola del naufrago». Hasta ahora la obra de Delibes podía dividirse netamente en dos partes: la crónica provinciana y la rural. El Delibes cazador-escritor recurría a la naturaleza frente a una civilización misticizadora. En «Parábola del naufrago» desaparece el mito delibebano de la naturaleza. Ya no hay separación entre ciudad y campo. El proceso de urbanización —bien que irracionalmente— se ha cumplido. La ciudad prolonga sus resortes más allá de los improvisados barrios populares. No hay escape posi-

ble. Jacinto San José se degradará al contacto de la naturaleza. El paisaje se vuelve contra el hombre. El seto que planta Jacinto San José termina por devorarlo. Irónicamente, el refugio de recuperación se convierte en reducto de degradación. Una pesadilla terrorífica. Un final patético.

El giro se da en lo formal. Un giro total si contraponemos esta última novela a las primeras. Relativo, si la comparamos a «Cinco horas con Mario». En todo caso, la técnica empleada por Delibes era la apropiada para contar una pesadilla y, sobre todo, para describir los intentos fallidos del personaje por comunicarse, la desaparición de la responsabilidad crítica de los ciudadanos rebots ya al dictamen de las consignas y los modelos propagados por los medios de comunicación de masa. Si algo no es Delibes es «snob». Ha hecho vanguardismo porque le venía al pelo, porque se lo exigía la narración. Lo interesante es que este novelista que ha sido barojiano, galdosiano, naturalista y realista crítico (la evolución de su novela es la historia de la novela española de posguerra) nos da, en su plena madurez, un fruto «joven». Delibes escribió la novela que pudo en los años de autarquía cultural y política. La agudización de su conciencia crítica corre a la par de una puesta al día de las técnicas narrativas y todo ello paralelamente al proceso evolutivo del país. «Parábola del naufrago» coincide con la entrada en una fase tecnocrática y consumista, lo cual no parece satisfacer a este escritor en permanente vigilia.

El motivo de la novela es un profundo sentimiento del miedo. ¿A qué miedo se refiere el novelista? El monstruo que le atormenta tiene mil cabezas: la violencia, la autocracia, la tiranía del dinero, el poder de la organización, el dogmatismo, la crisis de los derechos humanos, la deficiencia de la técnica, el consumismo, el clasismo, las torturas... ■ C. ALONSO DE LOS RÍOS.